

CAPITULO IX.

PEDRO EL GRANDE.

¡ El Ebrio.—el Económico.—
el Grande.

¡Bella disculpa en verdad la que se daba á una acción tan repugnante!

Pero en la corte de Pedro la embriaguez era cosa corriente.

No sólo los hombres, las damas mismas que, por razón de sus puestos en la corte, rodeaban al Tzar, se veían obligadas á beber aguardiente como si fueran marineros, y cuando alguna manifestaba repugnancia Pedro hacía uso de argumentos que no tenían réplica.

Cierto día la hija de su Vicecanciller Chafiroff, un judío bautizado, se negó á beber un gran vaso de vodka que el emperador había ordenado que le ofrecieran.

—Ah!—gritó Pedro—¿te niegas, sucia judía? pues bien, yo te enseñaré á obedecer.

Y mientras con una mano le presentaba el líquido, con la otra le aplicaba dos soberbias bofetadas, que hicieron que, en un abrir y cerrar de ojos, la joven se tragara el vaso de aguardiente como si hubiera sido su contenido néctar y no alcohol.

Una de tantas reformas que introdujo en su corte, fué la de obligar á sus súbditos á usar la barba cor-

ta ó á andar con las mejillas bien rasuradas, en lugar de gastar, como gastaban antes, una inculta selva de pelos hirsutos que les llegaban hasta el vientre y que les daban un aspecto selvático y feroz.

En vano había por mil medios manifestado su voluntad.

Los rusos son tercos y apáticos, y si uno que otro había obedecido á las reales indicaciones, la mayor parte había seguido conservando con esmero los pelos largos y vírgenes de su rostro.

Pedro invitó á los principales señores de su corte á un gran banquete; se comió mucho y se bebió más, y al final de él y cuando ya las cabezas no se tenían firmes sobre los hombros y cuando las lenguas articulaban mal las palabras, el Tzar pidió unas tijeras, tendió el brazo izquierdo, se apoderó de la barba del que se encontraba á su lado y empezó á raparla de tal modo, que á poco más se lleva con el pelo un pedazo de la carne del noble señor.

Dió orden después á sus criados de que hicieran lo mismo con los otros comensales, y agregó entre copa y copa de vodka y subrayando sus palabras con aquel tic nervioso de que hemos hablado y que anunciaba en él cuando se acentuaba, que su resolución era irrevocable:

—“De una vez por todas os advierto, que el que quiera conservar la cabeza, debe abandonar su barba.”

El hecho aquel de poner sus manos en el rostro de un noble y hacer después que sus criados las pusieran, fué una bofetada aplicada, en plena faz, á aquella cas-

ta de boyardos orgullosos que se creían superiores hasta al mismo Tzar, y equivalió á hacerles comprender que su poderío había cesado y que se iban sus privilegios con sus barbas.

Al día siguiente de aquel banquete, todos los rostros se ostentaron ó con barbas cortas y cuidadas ó mondos como los de los clérigos católicos.

Muchas veces estos excesos en la bebida hacían que el final de las comidas fuera un escándalo.

Las cabezas exaltadas dejaban sueltas las lenguas y de las palabras se pasaba á los hechos.

Entonces el Tzar se levantaba aplicando unos cuantos bofetones á los más acalorados, tomaba su grueso bastón y propinaba una soberana paliza á los que, después de la paternal corrección á bofetadas, no entraban en orden, y por último acababa por hacerles beber de una vez y sin respirar un gran vaso de vodka, que hacía rodar sin sentido bajo la mesa á los rebeldes.

Se han tratado de disculpar los excesos del Tzar, diciendo que, conservando él su calma y su sangre fría siempre, mientras que los otros estaban con la razón en tinieblas, lograba averiguar cuanto le importaba, y las bocas sin mordaza dejaban escapar interesantísimas y graves revelaciones.

Puede ser, pero el medio era comprometedor.

Por otra parte, el Tzar se dejaba arrastrar hasta tal grado por su afán de saber, que en muchas ocasiones se olvidaba de todo.

Por ejemplo: en 1707, su enorme, su colosal ene-

migo el Rey de Suecia, preparaba su campaña decisiva, la que iba á conducirlo, si tenía éxito, hasta las entrañas de la Rusia, la que debía herir en el corazón al titán moscovita.

Cualquier otro soberano habría estado sobre la brecha; Pedro se divertía en Moscow.

En poco estuvo que Carlos XII triunfara, y si no pasó así, fué porque el destino de los hombres es uno, porque lo que ha de pasar es tan cierto é inmutable como lo que ya ha pasado, y porque Pedro debía de ser el vencedor:

En 1724, escribía el ministro sajón Lefort: "El Tzar no sale de su cámara hace seis días, está indispuerto á consecuencia de los desórdenes que se han cometido en Tsarskaia-Mysa (hoy Tzarskoi-Coelo) con motivo de una Iglesia que se ha bautizado destapando tres mil botellas de vino. Esto retarda la salida para Kronstadt."

En 1725 se terminaban casi las negociaciones emprendidas para arreglar la primera alianza franco-rusa.

De improviso se detienen.

Campredon, el enviado francés, hombre inteligente y activo, se inquieta primero, se sobresalta después y acaba por desesperarse.

Se dirige á la Cancillería y se le contesta con vaguedades. Insiste y al fin consigue arrancarle á Ostermann esta confesión:

—No hay medio de hablarle al Tzar por ahora. No se ocupa de cosas serias. Se divierte yendo todos los días á las principales casas de la ciudad seguido de

doscientos amigos con músicos y cantores y comen y beben todos á expensas de las personas á quienes S. M. hace el honor de visitar.

Imaginaos el humor de Campredon y el de aquellos á quienes S. M. honraba.

Le agradaba invitar á su mesa á altos dignatarios de la iglesia. Después de copiosas libaciones emprendía con ellos disputas teológicas, y cuando encontraba erroneo lo que alguno afirmaba, la pena que imponía era la de tragar el gran vaso de aguardiente, pena que casi siempre ponía al castigado en situación de guardar silencio absoluto durante el resto de la acalorada discusión.

Sus convidados habituales eran además de los nobles y los clérigos, capitanes de barcos y comerciantes holandeses con los que bebía y se chanceaba como si fuera su compañero y no un emperador, y casi siempre, después de una comida, se veía al anfitrión y á los comensales terminar con una partida de box sus altercados.

Nadajinski era su confesor. El Tzar al salir de los oficios divinos se inclinaba ante él y le besaba la mano, lo que no impedía que un cuarto de hora después si tenían alguna disputa y no llegaba el confesor á estar de acuerdo con su penitente, este le aplicara dos ó tres cachetes y le tirara otras tantas veces de las orejas para convencerle de la razón que tenía.

Se encontraban en Francia el Tzar y su séquito y entre el séquito, el confesor del Tzar. (Ya hablaremos de este viaje á Francia de Pedro el Grande.)

Nadajinski era un bebedor de primer orden, como era igualmente bebedora admirable Catalina I, cualidad á la que, entre otras cosas, le debió ir á ocupar el lugar que Eudoxia había ocupado.

Dubois, el cardenal ministro, tenía un secretario de sotana y manteo y, como era natural abate; alegre y bebedor como los abates todos de la regencia.

Pues bien, cierto día se encontraron juntos el secretario de Dubois, y el confesor del autócrata. El abate y Nadajinski se estrecharon las manos, hablaron de las flores, de la hermosura de las damas francesas, del mal tiempo que hacía, y con motivo de la humedad de la atmósfera hablaron también de la bondad de un buen vaso de vino para evitar los resfriados.

Como cosa natural, llegaron, discutiendo sobre la calidad de los vinos, á un delicadísimo problema, ¿cuál de los dos sería mejor bebedor?

Realmente, la solución era difícil.

El abate se llevó el blanco y aristocrático índice á los labios y permaneció pensativo; el confesor, se rasgó con cinco dedos regordetes la cabeza, arregló con ellos, tal como si fueran los dientes de un peine sus largos cabellos, los sepultó después entre su lengua barba, (la que usaba así por concesión especial que tenían para ello los clérigos rusos) y acabó por declarar modestamente, tomando un trago y haciendo chasquear su lengua contra el paladar, que suponía que él.

El abate se indignó.

Resultó de aquel desacuerdo un desafío.

Nadajinski propuso que un testigo presenciara el duelo, y el abate aceptó el testigo.

Aquel testigo era el Tzar.

No sólo fué testigo, sino que también juez de campo.

El escogió el vino; probó uno, desechó otro, aprobó el de más allá y hasta que pudo encontrar uno digno de aquellos adversarios no dió la señal para que el combate empezara.

Después de una hora, rodaba el abate bajo la mesa, vencido, y Pedro se arrojaba al cuello de su confesor besándolo y gritándole con toda la fuerza de sus pulmones que, «¡había salvado el honor de la Rusia!!»

Y ya que el ruso está en Francia hay que estudiarlo en el viaje que hizo al país más civilizado, según dicen, de la Europa.

Cincuenta y ocho personas llegaban á Dunkerque el día 21 de Abril de 1717.

El señor de Liboy, gentil-hombre de la casa de S. M. el Rey de Francia, encargado de recibir á una *pequeña comisión* de personajes rusos, porque el Tzar había advertido que viajaría bajo el más riguroso incógnito, se encontró como era natural absorto y sin saber que hacer.

La *pequeña comisión* se componía de *cincuenta y ocho personas* y el Tzar parecía que se había olvidado de que no debía ser Tzar.

Liboy tenía un crédito limitado, no podía gastar más de lo que el regente le había dicho que gastase, y eso no podía ser.

Empezó entonces entre Liboy y Kourakine, el encargado de que nada faltase á S. M. Moscovita, una discusión curiosa.

Liboy propuso dar una cantidad alzada, mil quinientas libras por día, para el sostenimiento de S. M. y de los suyos.

Kourakine juzgó que era muy poco, dando entre otras razones la de que sólo el cocinero del Tzar, por los dos ó tres platos que para Su Majestad hacía, se robaba el valor de lo que costaba una mesa de ocho cubiertos comprendiendo el de los vinos.

—Y bien,—decía Liboy,—que robe solo por el valor de cuatro.

—Imposible,—contestaba Kourakine,—el cocinero no querrá pasar por eso y el Emperador se disgustará.

Afortunadamente llegaron órdenes de Versailles, ampliando la partida de gastos.

Liboy respiró.

Ya era tiempo, en efecto, porque el séquito del autócrata se aumentaba de día en día con nuevos señores rusos, que llegaban siguiendo al real viajero; ¡los cincuenta y ocho, eran ya ochenta!

El Tzar entretanto, se levantaba muy temprano, almorzaba á las diez, comía poco y se acostaba á las nueve; pero entre el almuerzo y la cena daba furiosas arremetidas á la despensa, comiendo frutas, pastelillos y otras pequeñeces que rociaba con enormes cantidades de cerveza, vino, anís y otros licores.

Las tribulaciones de Liboy habían apenas empezado.

El viaje del Tzar lo iba á anonadar.

El Tzar quería á toda costa ir á Paris en cuatro días. Aquello, dados los medios de locomoción de la época, era imposible.

Kourakine daba vueltas en torno de las carrozas en que debían hacer el viaje, y arrojando sobre ellas miradas de profundo desprecio decía retorciéndose el bigote, que nunca un gentil-hombre había puesto el pié en el estribo de semejantes carricoches.

Pedro, por su parte, pedía un cabriolé de dos ruedas, igual al que usaba en San Petersburgo, asegurando que no haría el viaje de otro modo.

El tal cabriolé no se encontró ni en Dunkerque ni en Calais, y entonces el Soberano se construyó un carruaje á su gusto.

Sobre una especie de camilla, hizo colocar la caja de un viejo faeton que encontró entre una partida de carruajes inservibles y que se estaban vendiendo en conjunto al mejor postor.

Para poner en movimiento el nuevo y extraño aparato de locomoción era preciso que se pusiera un caballo atrás y otro adelante de la máquina, en la misma forma en que se colocaban los portadores de sillas de manos.

En vano fué advertirle á Pedro que no había bestias acostumbradas á semejante trabajo; en vano fué manifestarle el verdadero peligro á que se exponía. Hizo á todo oídos sordos, se trepó como pudo á su faeton sin ruedas y dando tumbos emprendió la marcha.

Cuando tenía que atravesar alguna ciudad, se apeaba de su torre, se introducía en una carroza, recorría el lugar de una puerta á otra, volvía á subir en el aparato y continuaba su camino.

Liboy se hacía cruces y temblaba ante el maniático monarca.

Se debía, á la salida de Boulogne, caminar durante el día y pernoctar en Amiens; á la mitad del camino el Tzar detuvo su faeton sin ruedas.

Todo el séquito hizo alto y Liboy se acercó al monarca, sombrero en mano, para averiguar qué se le ofrecía.

—Señor Liboy, dijo Pedro,—desearía dormir en Beauvais.

—¡En Beauvais, Señor!—exclamó el atribulado caballero;—¡pero si nada hay preparado para recibir á V. M.!

—Valiente reparo! Haced que se prepare todo.—contestó el Soberano, prorrumpiendo en injurias y dando la orden de continuar el camino.

El Señor de Liboy hizo milagros para que se advirtiera al intendente de Beauvais que el Tzar haría alto en su intendencia, y que era preciso tener preparado todo para alojarle dignamente, así como á las personas que le acompañaban. Además, deberían encontrarse prontos á continuar el viaje, sesenta caballos de refresco para que sustituyeran á los que los viajeros llevaban.

El intendente puso en un pié al mundo entero, se reunieron los sesenta caballos, se arreglaron los alo-

jamientos, y de acuerdo con el arzobispo, se prepararon en el arzobispado, una comida y un concierto, y en la plaza pública vistosos fuegos de artificio.

La cámara que el Tzar debía ocupar estaba adornada con retratos de príncipes moscovitas, todos de la familia Romanoff, y las armas del Tzar campeaban donde quiera.

Se conocía que desde el desembarque de Pedro en Dunkerque, la buena ciudad de Beauvais se había preparado para recibirlo.

Sonaron al fin las músicas, repicaron las campanas y todo el cortejo real se detuvo á las puertas de la ciudad.

El intendente, rodeado de magistrados y gentiles-hombres, dió al Tzar la bienvenida en un discurso más ó menos elocuente, que Pedro oyó volviendo hacia atrás la cabeza con su tic nervioso, como si quisiera, sin volver el cuerpo, mirar á Liboy que se encontraba á sus espaldas.

Contestó á la cortés bienvenida con algunas frases que parecían gruñidos, y subiendo á la carroza que le tenían preparada, dió la orden de atravesar, sin detenerse, la ciudad.

Llegó al otro extremo, descendió del magnífico carruaje, trepó á su armatoste y dejando tras de sí á Intendente, Arzobispo, gentiles-hombres y pueblo con la boca abierta de asombro y un palmo de narices, fué á alojarse á un cuarto de legua de la ciudad en un ventorrillo, donde hizo un gasto de diez y ocho francos por su comida y la de treinta personas que

le acompañaban, sacando de su bolsa durante la colación, una servilleta de la que se sirvió como si fuera un mantel.

El que quiera leer con más detalles esta historia, que consulte la de la Regencia por Lemontey. Ahí podrá ver que no exagero.

La noche del 10 de Mayo hacía por fin su entrada en la capital del mundo el Tzar Pedro I.

Se le preparó un espléndido alojamiento en el Louvre. En la gran sala se habían puesto dos mesas de sesenta cubiertos servidas con la magnificencia con que en aquellos tiempos sabían hacerlo en la corte de Francia, y por último, cámaras y comedor se iluminaron con tantas bugías que su resplandor deslumbraba.

Pedro entró en el suntuoso edificio. Recorrió el departamento en que debía alojarse, pasó al comedor é inmediatamente dió la orden de que apagasen casi todas las luces porque aquello era un gasto grande é inútil; se hizo servir en seguida, arrojando una mirada de desdén sobre las mesas, un pedazo de pan y algunas legumbres, bebió seis clases de vinos y dos vasos de cerveza y se fué diciendo que deseaba dormir en otra parte.

Si no hubiera sido por la previsión de Tolstoi, que conociendo á su amo se le había adelantado y hecho preparar otro alojamiento en el Palacio Lesdiguières, el Tzar habría ido á descansar aquella noche en cualquiera posada.

Durante tres días permaneció encerrado en el Pa-

lacio asegurando que no saldría hasta que el rey fuera á hacerle una visita.

El Regente se presentó á cumplimentarlo.

El Tzar lo esperaba en el salón; dió algunos pasos hacia él, lo abrazó con un aire de superioridad asombroso, le indicó la puerta de su gabinete de trabajo y pasando delante de él sin más ceremonias, hizo cerrar tras ellos las puertas.

Esto pasaba al día siguiente de la llegada del Tzar; dos días después y obsequiando sus deseos, ó más bien, cediendo á sus exigencias, el niño rey Luis XV fué al Palacio Lesdiguières.

Pedro bajó hasta el patio, recibiendo al rey de Francia al estribo mismo de su carroza, le cogió la mano, se colocó á su izquierda y tomaron asiento en dos sillones iguales cuando llegaron á su cámara.

Al terminar la entrevista, el Tzar, aquel coloso tan grande de cuerpo como de alma, no pudo resistir, ante el pequeño soberano que con tanta gentileza y gracia le había tratado, á un rasgo de ternura digno de su carácter franco y violento.

Cuando el regio niño se levantó, el Tzar inclinándose hacia él le tomó en sus brazos, le alzó hasta la altura de su boca, le besó ruidosamente en ambas mejillas, y cargado lo condujo hasta la carroza, sin que Luis XV pareciese asustado ni molesto de aquel rasgo que si manifestaba amor, también revelaba demasiada confianza y brusquedad.

Correspondida por Pedro, con todo el ceremonial debido, la visita de Luis XV, empezó á recorrer á su

gusto las calles, los almacenes y las fábricas de aquel París que tanto había anhelado conocer.

Su traje consistía en un sobretodo de paño burdo gris como la casaca, pero esta última tenía botones de brillantes. No llevaba corbata y tampoco se veía que bajo sus mangas hubiera vestigios de puños ni de encajes. Usaba una peluca oscura, sin polvo, y á la que había hecho cortar la parte posterior porque la encontró muy larga; y por último, de un cinturón con adornos de plata, pendía una cimitarra enorme, que llevaba según el uso oriental.

Con ese traje fué á la Opera, haciéndole el Regente los honores del palco real hasta el punto de que, como pidiera Pedro un vaso de cerveza, él mismo, de pié, se lo presentó en una bandeja, de la cual lo tomó el Tzar, bebiéndolo con toda calma y pidiendo después á aquél soberbio lacayo de sangre azul, una servilleta para enjugarse los labios.

Con una sonrisa y una inclinación de cabeza dió las gracias al de Orleans, mientras el público contemplaba con estupor aquel curioso espectáculo.

En coche de alquiler fué á visitar la fábrica de Gobelinos.

Siguió atentamente el sistema de confección de la rica manufactura y se retiró dejando un escudo para que se dividiera entre los obreros, que probablemente lo tomaron con más gusto que aquel ayuda de cámara á quien, en Meudón, gratificó con otro escudo en papel moneda, el cual, según se cuenta, acababa de servirle para un uso nada limpio.

Sin embargo, cuando terminó su visita á París y se dispuso á partir, se olvidó de sus costumbres avaras y se mostró espléndido. Esos cambios bruscos entraban en su carácter.

Aceptó del rey dos magníficos Gobelinos y le dejó en cambio su retrato con marco de brillantes, dió 50,000 libras para distribuir entre los criados, 30,000 para su guardia, 30,000 para las oficinas y manufacturas reales, y 6,000 al jefe de cocina del rey que lo acompañó en su viaje.

Los rasgos de avaricia que pueden parecer ridículos, no son en realidad en Pedro, más que una consecuencia de sus ideas respecto á lo que debía ser un soberano.

—«El Monarca, decía, no es más que el primer servidor del Estado».

Llegaba á tal extremo, que en cierta ocasión, se dirigió al colegio del Almirantazgo solicitando un ascenso para él en la marina, exponiendo, como cualquier particular, los servicios que había prestado en la armada. Se le negó lo que solicitaba y aceptó sin pestañear la repulsa.

Otra vez, estando en Revel, con la flota, se hizo dar por el médico de á bordo un certificado de que se contraba enfermo, para obtener del gran Almirante, el permiso de ir á dormir á tierra.

El Tzar su padre, murió siendo poseedor de tierras y casas que le producían una renta de 200,000 rublos.

Pedro cedió casas y terrenos en favor del Estado

y sólo conservó la heredad, bastante modesta, de los Romanoff.

Su haber se componía de las rentas de ese dominio, que eran pocas, y de los sueldos que el Estado le pagaba, según los cargos desempeñados por él.

En los «Escritos y Correspondencias» se vé de su puño y letra lo que sigue: «año de 1705—gané 366 rublos por mi trabajo en los Astilleros de Voronójé, y 40 por mi servicio como capitán»—«1706—156 rublos por todo»—«1707—Mi sueldo de coronel, 460 rublos».

Aseguraba en una ocasión, que con lo que había ganado en una fragua, en la que se puso á trabajar con los obreros, compraría al volver de Moscow unos zapatos, que buena falta le hacían, para substituir los que llevaba.

Cuando llegó á una casa de campo que se había hecho construir en Revel, se admiró al visitar su parque, porque lo encontró desierto y cerrado.

—¡Cómo!—dijo—os imagináis que se ha hecho trabajar á tanta gente y se ha gastado tanto dinero sólo para mí?

Y al día siguiente, al son de clarines, anunciaba un heraldo al pueblo, que el parque era suyo y que podía pasear en él libremente.

Jamás se le vió en carrozas y sí siempre en un modesto cabriolé de dos ruedas, que muchas veces manejaba él sólo.

La casa que visitaba yo en el jardín de Estío de San Petersburgo, es humilde. Tiene en un reducido

espacio, porque es cuadrada y no se ha desaprovechado ni un centímetro de terreno, once piezas abajo y once arriba. Abajo estaba el departamento del Tzar, arriba el de Catalina.

Todas las puertas, los armarios y en general los objetos de madera están hechos por el mismo Pedro, y en la parte superior, en donde la Tzarina habitaba, y en donde se encuentra la cocina, se vé aún el horno que Pedro construyó para que su imperial consorte hiciera pasteles y tortas.

La noche se venía sobre nosotros á todo su correr; distinguíamos ya, al través de los pequeños cuadros de cristal verdoso á causa de lo primitivo é imperfecto de su manufactura, y por los cuales se filtró tantas veces la mirada del grande hombre, las primeras luces que empezaban á encenderse en las casas de la ribera opuesta.

Una suave y misteriosa claridad nos envolvía. Llegaban hasta nosotros, confusamente, gritos de chiquillos que jugaban en el jardín, voces de obreros que se dirigían por grupos á alguna labor nocturna, sordo rodar de carruajes, y el resoplido poderoso de los vaporcillos de río que tienen una de tantas estaciones no lejos de la muda y solitaria casa de Pedro el Grande.

—Aquí—pensaba yo—aquí vivió y sintió aquel hombre que tal vez en un momento de videncia, atravesó con su mirada de águila el velo pavoroso del porvenir y contempló el presente. El fué el que en vano quiso hacer comprender á sus sucesores que el

hombre, llámese rey, pontífice ó esclavo, surgió de la tierra y que teniendo una madre común, todos desde su origen son iguales.

Por eso él, que partía satisfecho su pan con los infelices que estaban obligados á ganar el suyo con el sudor de su frente, tendía á los que vivían en medio del lujo y de la ociosidad, sus manos encallecidas por el hacha y el escoplo y les decía mostrándoles aquellas señales que al afear ennoblecen:

«Así quiero que tengáis las manos vosotros, porque así sólamente seréis grandes.»

Por eso él, extrayendo de la gleba á sus ministros procuraba mezclar al viejo y orgulloso poderío el joven y viril trabajo, para purificar con el filtro de las ambiciones santas el agua estancada y cenagosa de la antigua tradición.

Por desgracia vivió poco, por desgracia no dejó un sucesor digno de su nombre, por desgracia pasó el poder á manos de mujeres y favoritos, y de aquel coloso que hizo una ciudad para un pueblo, han descendido seres que como el Tzar de ahora, está formando un pueblo que destruirá esa ciudad.

CAPITULO X.

MOSCOW.

La Plaza Roja.

Ya la noche había cerrado cuando abandonando la casa de Pedro el Grande nos dirigimos, bajo una lluvia menuda y tiritando á causa de un frío de dos grados bajo cero, al hotel para tomar un vaso de thé, recoger lo poco que habíamos dejado fuera de las maletas, encaminarnos después á la estación y buscar refugio en el tren que debía llevarnos en el transcurso de una noche, hasta la Santa Ciudad del Imperio Moscovita.

Mi cuñado marchaba con las manos en los bolsillos, el cuello del paletó levantado y lanzando de vez en cuando unos hum! hum! que le son peculiares cuando se hace reflexiones á sí mismo, cuando no quiere contestar á lo que se le pregunta, ó cuando no está muy divertido. Truan juraba y perjuraba que si el frío era fuerte, no lo sentía gran cosa en el cuerpo, sino en la cabeza, y que tan pronto como llegáramos á Moscow se compraría una gorra de astrakán; Leman, que llevó por único equipaje una maleta en la que había encerrado seiscientos puros que introdujo de contrabando y que cambió por no sé cuántos miles de cigarrillos, una camisa, dos pañuelos y un par de calcetines, juraba y perjuraba á su vez, que aquello no

era frío, sino agradable fresco, y para demostrarnos su invulnerabilidad, nos detuvo bajo un foco de luz eléctrica y se arrolló el pantalón enseñándonos que ni calzoncillos usaba, hecho que le arrancó á mi cuñado media docena de hums, un respingo á Truan, y á mí un ¡brrrrr! de horror, porque yo, que soy el hombre más friolento que conozco, juraba á mi turno y perjuraba, mientras hecho un etcétera movía las piernas, adquirir en cuanto llegase á la ciudad «*de la cabeza de oro,*» una pelliza forrada con la piel del animal más peludo de la creación.

Por fin, llegamos al hotel y arregladas las cuentas y listo ya todo, nos ensardinamos en los carricoches de marras, que entre tumbos y gritos de cocheros y maldiciones de transeuntes nos llevaron á la estación.

Yo temblaba de frío y de pavor pensando en la noche que pasaríamos encerrados en uno de aquellos wagones de su Magestad Moscovita, en los que se usan velas para alumbrarse y el vaho de los pasajeros para la calefacción.

—No haya miedo, señor—me dijo Leman—ya verá usted.

¡Y qué verdad tan grande me decía! Efectivamente, nos introdujo á uno de esos confortables carros que en Alemania, en Austria y en Suiza se encuentran siempre, y en los que se tiene hasta el lavabo en el mismo camarote.

Con una de sus sonrisas mefistofélicas me dijo tendiendo la mano para coger el puro que era el premio de toda acción suya digna de encomio:

—Es carro alemán.

Pocos momentos después, el tren partía dejando atrás envuelta en brumas la ciudad de Pedro, en la que según cuentan viejas leyendas, se oye, cuando la noche media, resonar el herrado casco de un poderoso corcel, del mismo en que cabalga la estatua de «El Grande» que, al amor de las sombras, deja el pedestal en que se yergue y recorre, meditabundo y triste como un guardián de bronce, las calles solitarias de la ciudad que formó su voluntad y en la que duerme su cuerpo.

Y pensando en él y aguzando el oído por si acaso el soplo largo del viento que de la ciudad venía, llevaba hasta mí el eco de aquellas pisadas pavorosas, me dormí á mi vez arrullado por el muelle movimiento de nuestro carro alemán.

A las nueve y media de la mañana del día siguiente, divisamos á lo lejos las cúpulas doradas de la Ciudad Santa, y diez minutos después cruzábamos sus calles en medio del mismo estruendo y con las mismas incomodidades con que habíamos cruzado las de San Petersburgo. La decoración, sin embargo, era distinta.

En San Petersburgo se observaba en todo, si no una tranquilidad absoluta, sí cuando menos una confianza relativa; en Moscow, las gentes caminaban sin volver los ojos hacia los otros transeuntes, las puertas de los almacenes se veían entrecerradas, y en las esquinas de las calles y á la mitad de ellas, los guardia-

nes del orden se apoyaban en el largo fusil, al cañón de los cuales habían calado la bayoneta.

Pero á pesar de todo, ¡cuánta animación en sus calles, cuánto rumor en sus ámbitos, cuánta luz en su cielo, azul y límpido aquella mañana, y cuánto carácter típico en su pueblo, en sus edificios y hasta en su ambiente!

El cosmopolitismo de sus calles es un kaleidoscopio.

Hay trajes de todos colores, hechuras y épocas.

Se mezclan y confunden el *jaquet*, la levita cruzada y la americana, con el caftán, el *armiak*, y la pelli-za de piel de carnero del *moujik*, con la túnica color de mamey y orlada de negro del pope y con el blanco alquicel del turco, y el sombrero redondo y el de pelo se cruzan con el casquete ruso, con el fez rojo y con la gorra de astrakán.

Se oyen hablar todas las lenguas, pero ¡ay!, como en la Torre de Babel, sólo se entienden los que hablan la misma.

Es inútil que queráis comprar cigarrillos en una tabaquería rusa si no sabéis decir "*papirose*" (no sé si se escribirá así, pero así se pronuncia) aun cuando os expreséis en español, en italiano, en francés ó en inglés. Tenéis que decirlo en ruso.

Hasta en los grandes establecimientos necesitais de intérprete.

Un día tuve el deseo de comprar un portamoneda de piel de Rusia. Aquello me pareció la cosa más fácil. Nos dirigimos al primer establecimiento en cuyas

vitriñas vimos de esos objetos. Leman gruñó y gruñendo le contestaron que no tenían. Pedí los que había visto. Eran de manufactura alemana. Fuimos á otro, lo mismo.—Así recorrimos no sé cuantos, yo saludando en francés al entrar, y los dependientes viéndose la cara unos á otros, y viéndomela á mí después, como si llegara de la luna y les hablara en idioma se-lenita.

Por fin, en el último que me proponía visitar, me contestó un caballero de barba blanca y respetable aspecto á mi «*bon jour*» con otro.

Le pedí el dichoso portamoneda; reflexionó algunos instantes, sacó un cajoncillo lleno, empezó á revolver los que allí había, hasta que tomando uno me lo presentó diciendo.

—Este es legítimo.

Lo olí y no me olió á nada, pero al ver la gravedad de aquel señor ruso, no quise dudar y lo compré.

Cuando me lo entregó cuidadosamente envuelto y recibió el precio, le pregunté.

—¿Quiere Ud. decirme, perdonando mi indiscreción, dónde aprendió Ud. el francés?

—¡Ah! señor, me dijo, soy francés.

¡Cielo santo! ¡francés! Decididamente encontrar un portamoneda de piel de Rusia en Rusia, era tan difícil como encontrar un oso blanco en el Ecuador.

Salí de allí convencido de que llevaba en la bolsa, para guardar mi dinero, la piel curtida de algún animal galo, pero no la de ningún cuadrúpedo moscovita.



En casi todas las calles, bien en las esquinas, bien en alguno de los muros, se ven capillas pequeñísimas y en su interior la imagen negruzca de algún santo ó alguna virgen, ante la que arde una lamparilla.

No hay hombre del pueblo que al pasar frente á la capilla, aun cuando sea á gran distancia, no se quite la gorra, no haga media docena ó más de reverencias, doblando el espinazo al grado de que parece que va á meter la cabeza entre las piernas y no acompañe las reverencias con otras tantas persignadas.

Los cocheros se quitan el sombrero, áquel de marras y del que he hablado, media cuadra antes de llegar á la capilla y empiezan á dar cabezadas, las que cesan solo media cuadra después de haber pasado por el santo lugar.

En cambio no ví á ningún pope ejecutar nunca aquellos actos de piedad fanática.

Sólo al pasar bajo la sonora bóveda de la puerta principal del Kremlin, todos, grandes y chicos, nacionales y extranjeros, están obligados á llevar la cabeza descubierta. Se me dijo que existía una ley sobre el particular. En efecto, Alexis, padre del pueblo y favorecedor quizás de algún médico especialista en la curación de constipados, dió aquella ley.

Allá á lo lejos, al pasar en el coche que nos conducía de la estación al hotel, ví en el fondo de una calleja esta típica y curiosa puerta, coronada por una torre, con dos capillas pequeñas á los lados, con una imagen, la del Salvador, sobre la clave del arco, y delante de la imagen una enorme lámpara en un soporte de ennegrecido metal.

—¿El Kremlin?—pregunté á Leman.

—Sí, señor.—

—Pues tan pronto como dejemos los equipajes, á la Plaza Roja y al Kremlin.

¡El Kremlin! Aquel nombre me atraía como atrae una flor á una abeja; allí estaba la historia toda de la vieja Rusia; allí, en aquel libro cuyas hojas son los muros de granito de sus soberbios edificios, están escritos con sangre y fuego episodios que sólo morirán cuando el mundo ya no sea. Allí, por sus intrincados vericuetos, por sus estrechos callejones, por sus amplísimas plazas, entre sus innumerables iglesias que destacan sobre el horizonte sus cúpulas retorcidas y coloreadas como un turbante, frente á las imponentes fachadas de sus palacios, y bajo las bóvedas sombrías de sus casernas, vagan las sombras de los Tzares rodeadas y maldecidas por sus víctimas. Allí, Iván el Terrible, entre los altaneros Streltsy á quienes creó, cruza llevando en sus brazos el ensangrentado cadáver de su hijo, muerto por su propia mano en un rapto de furor; y allí, entre los cuerpos destrozados por

horrendos suplicios de los descendientes de aquellos mismos Streltsy, mudo y sombrío atraviesa Pedro el Grande, que los destruyó, llevando en los suyos el cadáver de Alexis á quien con toda sangre fría hizo morir en la tortura.

De allí, los Streltsy salieron al son marcial de sus guerreras cajas para destrozar á los Tártaros, para conseguir la captura de Muszeck y Zarvutsky durante el reinado del Tzar Miguel, para arrebatar Smolenko á los Polacos durante el de Alexis, y para defender Tchiguirine contra los turcos durante el de Fedor.

Allí, Sofia, poderosa, aclamada, sonriente, pasea por enmedio de filas de cabezas inclinadas la majestad de su orgulloso poderío, y más allá, casi desnuda, pálida y jadeante, se la vé sostenida por los sayones que acaban de torturarla en el potro, ir á sepultarse en vida entre los muros pavorosos de un convento.

De allí salió Pedro para hacer desaparecer la Suecia de Gustavo Adolfo, derrotando en Poltava á Carlos XII.

Allí, en fin, contra aquella mole de granito fué á estrellarse la cuadriga triunfal del Invencible; allí empezó la agonía del coloso; allí besó la muerte á Napoleón.

*
* *

No sin sentirme profundamente emocionado puse el pié en la Plaza Roja.

A mi derecha se extendían las murallas del Kremlin agujeradas de trecho en trecho por sus puertas profundas y de sonora bóveda, con sus piedras ennegrecidas por el tiempo y carcomidas por la lepra de los años; á mi izquierda los portales inmensos que dan entrada á los «*Riady*,» colosales construcciones que tienen 252 metros de largo por 88 de ancho y que están cruzadas en ambas direcciones por tres pasajes, de tres pisos, unidos por amplios y hermosos puentes y cubiertos por un espléndido techo de cristal; y allá, en el fondo, como una visión forjada por un sueño, como una de esas mansiones misteriosas de los dioses orientales que nos describen los cuentos de las mil y una noches, como la reproducción en bulto de uno de esos cuadros en que contemplan nuestros ojos un templo de cúpulas múltiples y en forma de piña, azules las unas, blancas, negras y doradas las otras, de varios gajos verdes, rojos y anaranjados torcidos en espiral las de más allá, pero todas formando un conjunto maravilloso, alegre y brillante cuando el sol las hiere, como una carcajada que estalla, ó melancólico y místico, cuando la luna las besa, como la vibración de un laúd ó el rumor de los

rezos en un claustro, se erguía ante mis ojos, destacándose en crudo sobre el pálido azul del cielo, la catedral de San Basilio, la iglesia que hizo construir Iván el Terrible para conmemorar la toma de Kazán.



CATEDRAL DE SAN BASILIO.

En medio de la plaza se eleva el terreno formando una plataforma no muy grande rodeada por una balaustrada de piedra.

El círculo que forma esta balaustrada no está cerrado. Una pequeña puerta lo rompe.

A ese sitio le da el pueblo el nombre de "baño de sangre."

Desde allí presenciaba el Terrible las ejecuciones que ordenó tantas veces y que le valieron el tremendo calificativo con que pasó su nombre á la historia,

y allí, cuando él abandonaba la plaza para ir á encerrarse en su palacio á solas con su conciencia, se amontonaban los cuerpos de las víctimas, mientras se iba á recojerlas para sepultarlas en una fosa común, ó para arrojarlas al campo como pasto de hienas y de buitres.

El 25 de Julio de 1570, presentaba aquella plaza un aspecto imponente y siniestro. Hacía muy poco tiempo que Iván había entrado á Moscow. Había tomado á Kazán, había conquistado la Livonia, había luchado para apoderarse del Imperio del Báltico y había promulgado aquellas leyes é intentado aquellas empresas que, como las de Luis Onceno en Francia, tendían á arrancar de las manos de los grandes y de los pequeños señores, un poder que era más absoluto y tiránico que el del monarca mismo.

Apenas había sentado Iván sus reales en Moscow cuando hizo aprehender y juzgar á los descontentos.

Todos fueron declarados reos de alta traición.

Iban á morir trescientos aquel día, trescientos infelices que llegaban al lugar de su suplicio pálidos, extenuados, con los miembros rotos por terribles torturas, viendo quizás en su agonía, más como un lugar de reposo y de liberación que como un lugar de terror y de muerte, el cadalso al que iban á subir en breve tiempo.

¡Ay! y así en realidad hubiera sido para ellos, si la muerte hubiese llegado consoladora é instantánea; un tajo en el cuello, un golpe de maza en la cabeza y nada más. El tránsito así hubiera sido fácil y tal vez has-

ta dulce; pero el Terrible lo había dispuesto de otro modo.

Por todos lados se veían poleas, potros, calderos de agua hirviendo, uñas de hierro, agujas, tenazas enrojadas al fuego, sierras y colosales ruedas.

La muerte que les aguardaba era la más espantosa de las muertes.

Y así fué, cada uno tuvo su infierno en el mundo, y si es cierto que el dolor purifica, cada una de aquellas almas debió presentarse á su Creador limpia de toda mancha.

Entre aquellas trescientas victimas había muchas mujeres, esposas y madres de los sentenciados, que pagaban con su vida las faltas cometidas por los suyos.

Guagnino cuenta horribles detalles de esa matanza.

Cuenta cómo al canciller Viskovatiji, colgado por los pies, le arrancaron hasta descubrirle los huesos la carne á pedazos; cómo al tesorero Founikov, bañado alternativamente por agua hirviendo y por agua helada «*se le desprendió la piel como la de una anguila*» y cómo, al retirarse el Tzar á su palacio, se detuvo en la casa de este infeliz, y cómo allí, al ver que la joven y bella mujer del ajusticiado no sabía ó no quería declarar el lugar en que su marido había escondido sus tesoros, ordenó que la desnudaran en presencia de su hija, niña de quince años, y montándola sobre una cuerda que iba de un muro al otro de la estancia, hizo que la pasearan durante largo tiempo de un extremo al otro de la cuerda, á tal grado,

que la desgraciada murió pocos días después á consecuencia de las horribles lesiones que sufrió en el tormento.

El príncipe Boris Telipnier, empalado, agonizó durante quince horas, habiendo ante sus ojos, mientras duraba su suplicio, violado á su madre un centenar de Strieltsy con tal brutalidad que la mataron, y el hijo moribundo pudo contemplar por largo tiempo, antes de espirar, el cadáver de la madre.

Crucé lentamente la Plaza Roja, viendo con los ojos del alma aquellas escenas de horror y de agonía.

¡El mismo sol que alegre desparramaba en torno sus rayos arrancando fugitivos chispazos de las piedras bruñidas y blanqueadas por el incesante rodar de los carruajes, brilló en aquella ocasión impasible y sereno, como entonces, sobre la matanza horrenda, y yo buscaba en sus ráfagas luminosas los espíritus de los que, envolviéndose en ellas, volaron á su creador para implorarle quizás, libres ya de rencores mundanales, el Divino perdón para el verdugo.

CAPITULO XI.

La Catedral de San Basilio ó de la intercesión de la Santa Virgen.

El día 16 de Junio de 1552 el Tzar Iván IV, el Terrible, después de haber asistido á grandes funciones religiosas, de haber hecho trasladar reliquias de santos en solemnes procesiones de unas iglesias á otras, de haber bebido y obligado á beber á todos los señores de su corte una agua en que se habían sumergido esas reliquias, de haber puesto en libertad á un gran número de prisioneros y de haber ejecutado, en fin, innumerables actos piadosos para atraer sobre si y sobre su ejército la protección divina, salía de Moscow al frente de todas sus fuerzas para ir á la conquista de Kazán.

Al discordante sonido de címbalos y trompetas cuarenta mil hombres se lanzaron por las desoladas estepas, puestas la fé en Dios y la confianza en su Tzar; dispuestos á derramar su sangre y á ahogar con ella, si era preciso, á aquel tártaro arrogante que algunos años antes había enviado al monarca moscovita un cartel de reto que terminaba diciendo: *«Me pongo en camino y no quiero retroceder. Yo tomaré tus tierras, y si es que quieres seguirme no llegarás nunca á las mias.»*

El 23 de Agosto acampaba el Terrible bajo los muros de Kazán y ponía cerco á su guarnición.

Los tártaros no se amedrentaron, su indomable valor los sostenía y rechazaron vigorosa y triunfalmente las primeras embestidas del ejército del Tzar.

Iván empezó á temer que el invierno llegase antes de haber podido alcanzar la victoria. En el mes siguiente al de su llegada una tremenda tempestad arrebató un gran número de tiendas de su campo y destruyó algunos de los edificios en que se guardaban las provisiones de boca y de guerra.

Desde lo alto de sus trincheras lejanas, á las que no podía alcanzar la artillería del Terrible, los tártaros se entregaban á prácticas extrañas que juzgaban los soldados moscovitas como de hechicería y que conturbaban y llenaban de terror sus espíritus supersticiosos.

El Tzar hizo traer una cruz milagrosa para contrarrestar los efectos de los hechizos tártaros, y con la cruz llegó el buen tiempo y la fé renació en los corazones de los suyos.

Los ingenieros extranjeros que le acompañaban en la expedición ejecutaron obras que permitieron á los cañones aproximarse á los muros de la ciudad sitiada, haciendo eficaz el efecto de sus proyectiles.

Listo todo ya para un asalto general, se resolvió emprenderlo el día 2 de Octubre.

Durante la campaña, el joven Tzar había dado pruebas de valor y de energía, se había hecho respetar, había impuesto su voluntad soberana y se le temía.

Todos estaban acostumbrados á verle ejercer el

mando efectivo de su ejército, y todos esperaban verle al frente de sus tropas en el momento del asalto.

Pero cuando llegó este momento, en vano se le buscó por todas partes. El Tzar había desaparecido.

Desde la aurora se celebraba una función solemne en una capilla levantada en medio del campamento moscovita, y allí, entre diáconos y monges, el Tzar oraba, más contento de aspirar el humo del incienso que el humo de la pólvora.

Pero en aquellos instantes supremos no se trataba de rezar sino de subir á la brecha. Un boyardo, tinto en sangre, ahogándose por la velocidad de su carrera, se precipita en el sagrado recinto.

—¡Vamos, Sire, es tiempo de partir! ¡Vuestros soldados se baten cuerpo á cuerpo con los tártaros! ¡Vuestro regimiento os espera!

El Tzar con toda calma procuró probarle que era más útil á su regimiento rezando que combatiendo, y empezó á entonar nuevas salmodias.

En aquellos instantes se presentó otro mensajero.

—¡Sire, haceis falta! los tártaros recuperan el terreno perdido; los nuestros vacilan, vuestra presencia es necesaria, ¡venid! . . .

Iván, pálido y angustiado, se puso á derramar lágrimas y á invocar á gritos el auxilio del cielo.

Afortunadamente siguen llegando boyardos que lo rodean, que lo conminan, que casi lo empujan.

Entonces bebió agua bendita, comió un pedazo de hostia, besó la imagen de San Sergio, recibió las bendiciones de sus clérigos y montando al fin á caballo,

rodeado de los que á duras penas habían conseguido arrancarlo del templo, fué á reunirse á su regimiento, no sin que en más de una ocasión los boyardos se hubieran visto precisados á poner las manos en la brida del caballo del Tzar, que solía amenguar más de lo conveniente la velocidad de su marcha.

Cuando Iván llegó frente á los muros, ya sus estandartes flotaban sobre ellos victoriosos y la primera columna de asalto entraba en la ciudad á sangre y fuego.

Seis mil tártaros perecieron y las mujeres y los niños fueron llevados como esclavos á Moscow.

Terminada la matanza, el Tzar plantó con sus manos una gran cruz en el mismo sitio en que durante mucho tiempo y entre un torbellino de flechas y de balas, agitada por el viento y envuelta por el humo, flotó orgullosa la bandera del último Khan de Kazán.

Tres años después, en 1555, antes de ir á tomar posesión de su Sede, el primer arzobispo de Kazán, consagró en Moscow la iglesia de «La Intercesión de la Santa Virgen», ó de «San Basilio», erigida por Iván para conmemorar su victoria.

Se cuenta que una vez terminada, el Terrible hizo sacar los ojos al arquitecto que la construyó para que no pudiera jamás hacer otra obra maestra como aquella.

Ya he referido la impresión que experimenté á la vista de sus doce cúpulas, pintadas las unas con colores vivisimos, las otras talladas como diamantes ó cubiertas de escamas doradas y lucientes.

Su interior está formado por once capillas pequeñas construídas en dos pisos y comunicando las unas con las otras de tan caprichosa manera, que al recorrerlas cree uno encontrarse en un verdadero laberinto.

Se distinguen en sus paredes, frescos, algunos de la época de Iván, que representan imágenes de santos. Sus bóvedas están igualmente adornadas por frescos, y las gigantescas figuras parecen querer desprenderse de lo alto y caer sobre los visitantes para aplastarlos, en castigo de la irreverente curiosidad con que las miran.

Apenas puede distinguirse lo que en el interior de la iglesia existe, tan mezquina es la medrosa luz que penetra al través de las angostas ventanas abiertas en los muros.

En una de las capillas, á uno y otro lado del altar, hay dos estandartes cuya tela casi ha desaparecido, pero que, más que por su antigüedad, llamaron mi atención porque entre los girones de la seda ví algo que á la luz de la velilla del guardián brillaba como el acero. Me acerqué á examinarlos y el guardián le habló á Leman en voz baja.

—Señor,—me dijo éste,—¿sabe usted lo que está tocando?

—Sin duda,—le contesté,—esto es una cota de malla.

—Sí, señor, la cota de malla de Iván el Terrible.